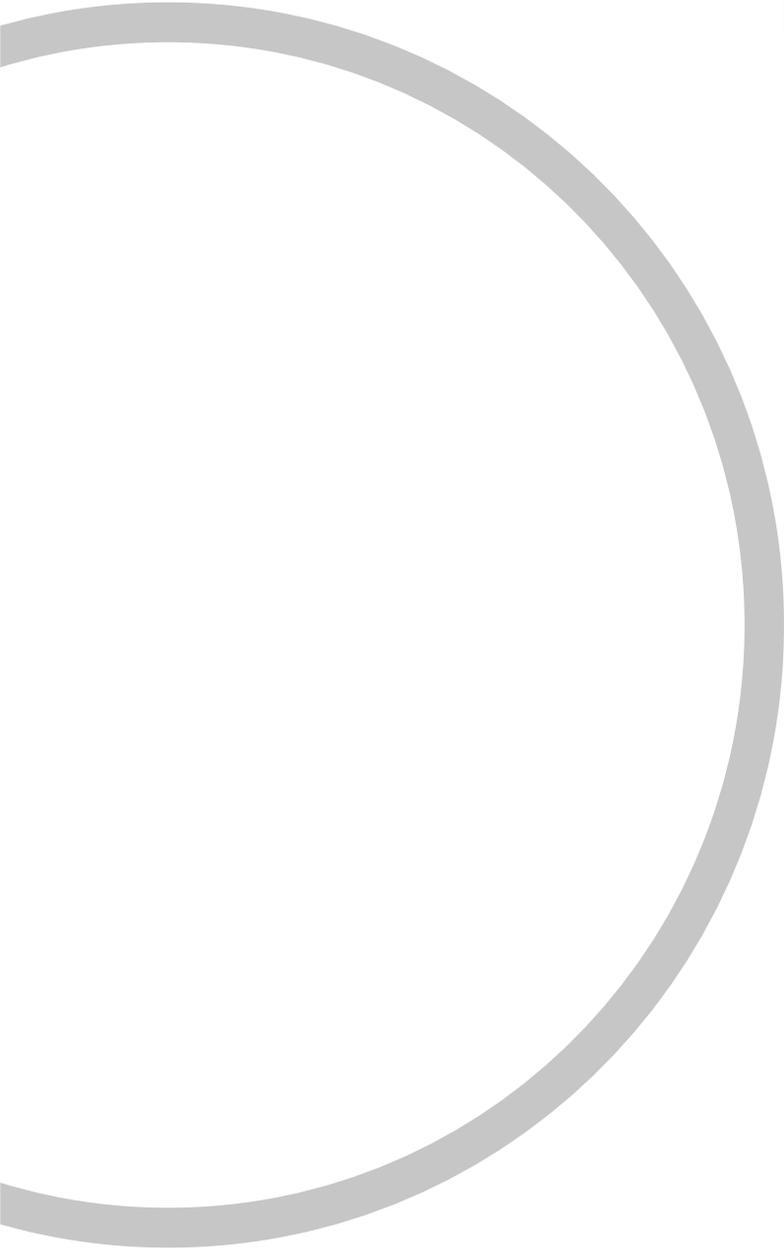


El legado

Balli Kaur
Jaswal



El legado

Título original: *Inheritance*

© 2016, Balli Kaur Jaswal

Publicado en Singapur por Epigram Books

www.epigram.sg

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

Alicia Escamilla, por la edición de mesa

Natalia Martínez, por la maquetación

© 2022, Jorge Rizzo, por la traducción

Primera edición en España, mayo de 2022

Dirección Creativa y de Arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño Gráfico de este título:

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-02-6

Depósito Legal: M-9986-2022

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mis padres, Sohan Singh Jaswal y Ajit Kaur

PRIMERA PARTE
1970-1971

Narain

En casa imperaba una norma: estaba prohibido pisar los libros. En realidad, todo aquello que estuviera hecho de papel y palabras. Las revistas se guardaban bajo la mesita auxiliar del comedor, para que nadie pudiera rozarlas con los pies. Las separatas de cualquier publicación siempre se apartaban, se plegaban cuidadosamente y se apilaban como si fueran sábanas recién planchadas. Pero en los días previos a su partida a Estados Unidos, un distraído Narain había sembrado el suelo de su dormitorio de folletos e impresos de todo tipo. Para ir desde la puerta hasta la cama sin pisarlos, tenía que desplazarse de puntillas y con el cuerpo prácticamente pegado a las paredes.

Una tarde su hermana lo observaba desde el umbral de la habitación, con los pies peligrosamente cerca de aquellos papeles. «Pareces un *pondam*», le dijo. Era el término que describía a esos hombres de voz aguda que caminaban meneando las caderas como si estuvieran bailando. Narain no le hizo caso. Amrit había pronunciado la palabra canturreando e imitando sus contoneos. De repente, saltó con la intención de empujarla, pero ella soltó un chillido y retrocedió, alejándose de su hermano, que tuvo que dar un paso atrás para recuperar el equilibrio, y no pudo evitar rozar con los talones el programa del curso de la Universidad Estatal de Iowa.

«No le estaba molestando». Narain oyó su voz al otro lado de la puerta, mientras él se arrodillaba a besar el papel; si alguien pisaba la palabra impresa, las normas de la casa exigían una disculpa de corazón. Dichas reglas se basaban en la convicción de Padre de que

pisotear la educación constituía una flagrante demostración de desprecio, una absoluta falta de respeto, un acto que, además, atraía la mala suerte sobre quien lo cometía. Narain recordaba haber visto, de niño, a su hermano Gurdev arrodillado, rezando por haber tirado al suelo sin querer un libro sagrado. «No se dejan las palabras santas en un lugar donde cualquiera pueda pisotearlas», había gritado su padre. Ni siquiera Amrit estaba excusada de cumplir la orden.

Narain recogió sus papeles y sacó dos viejas maletas de debajo de la cama. Aún faltaba una semana; no era necesario ponerse todavía con el equipaje, aunque tampoco tenía otra cosa mejor que hacer. Padre entraba de vez en cuando en la habitación para echar un vistazo a los folletos y murmurar palabras de ánimo. Banu, la esposa de Gurdev, también había colaborado, buscando por toda la isla hojas de laurel, ropa de abrigo y refrescos liofilizados en polvo. Cada semana se presentaba en la casa con cosas que no harían más que aumentar el volumen de su equipaje, ya excesivo. «Toma, para que te lo llesves ahí», decía, evitando mencionar el nombre de su destino. Como el resto de los miembros de la familia, se refería a Estados Unidos solo en términos vagos: «Ahí».

Sin decírselo a nadie, Narain se había permitido alguna concesión emocional. Compró un libro ilustrado de Singapur y decidió que pegaría en algunas de sus páginas fotografías familiares: un retrato de sus padres, muy serios, acompañaba un sobrio dibujo de las tiendas atestadas de gente a orillas del río Singapur; había también una foto tomada durante la boda de Gurdev y Banu junto a unos primeros planos de unas papayas y unos mangostanes espléndidamente maduros.

Había accedido a que Amrit le ayudara a llenar una maleta más pequeña que estaba en el trastero. La noche antes de la partida de Narain, frente a la puerta del cuarto de su hermano, le recordó que no se la dejara. El tono de preocupación en su voz, mientras desde el umbral recorría con la mirada las paredes desnudas de la habitación, resultaba conmovedor. Narain sabía que iba a echarla de menos más que a nadie, pero se contuvo y no dijo nada. Aquella era exactamente la actitud comedida que se esperaba de él en Estados Unidos.

En los labios de Amrit apareció una sonrisa maliciosa: «Cuando te vayas, esta habitación será mía». Él permaneció mirándola pero

decidió que era mejor no contraatacar. Su hermana soltó una risita y se escabulló corriendo por el pasillo. Por un momento Narain oyó sus pisadas resonar contra el suelo de madera, hasta que la casa fue sumiéndose poco a poco de nuevo en el silencio.

Ya había decidido qué ropa llevaría durante el vuelo, y Padre, por su parte, había contratado un autobús con el fin de que familiares y amigos pudieran desplazarse al aeropuerto para despedirse de él. Ir a Estados Unidos era algo importante, pero Narain no podía fingir orgullo o emoción. Si se marchaba tan lejos a estudiar era únicamente como consecuencia de lo ocurrido durante su paso por el Ejército; no era posible borrar por completo aquella vergüenza, pero desaparecer un tiempo y volver con un diploma universitario podría considerarse una suerte de recompensa por el daño infligido a la reputación de su progenitor. «Irás a Estados Unidos a estudiar ingeniería», había declarado Padre con tal solemnidad que no admitía réplica.

El anochecer suavizaba el ambiente en las calles de la Base Naval. Las palmeras se inclinaban casi hasta rozar el suelo, como si soportaran el peso de las sombras. En la distancia se oían voces dispersas que atravesaban el aire como súbitos relámpagos, seguidas del murmullo armónico de los grillos. El viento suspiraba al colarse por los resquicios de las ventanas y dispersaba las páginas del catálogo informativo tiradas por el suelo. Narain las recogió y las llevó al salón para colocarlas junto al montón de periódicos viejos. El hombre del *karang guni* vendría al día siguiente para llevárselos; con su paso característico, caminaría haciendo tintinear las monedas en los bolsillos.

Dispuso cuidadosamente los papeles, colocando el montón más pesado en la parte superior para evitar que las hojas sueltas se escaparan. Mientras permanecía arrodillado en el suelo, observó bajo las cortinas dos pies que se escabullían como pececillos.

—¿Quién está ahí? —preguntó en voz alta. No hubo respuesta. Se acercó a la ventana y distinguió la silueta adolescente—. ¡Amrit, sal de ahí!

Su hermana abandonó su escondite tras las cortinas, con una sonrisa socarrona en el rostro.

—Cuando te vayas podré quedarme todo el dinero del hombre del *karang guni* —replicó con aire desenvuelto. Sin embargo, un rayo

de luna dibujó en su rostro una sombra de pánico que no conseguía disimular. De nuevo intentó escabullirse por la ventana.

—Tienes que parar —le pidió Narain sin levantar la voz—. Sea lo que sea lo que fueras a hacer, recuerda que solo tienes quince años. Eres una niña —señaló, y apartó la mirada con gesto preocupado.

Amrit pasó a su lado a toda prisa, dejando tras de sí una estela de aroma a jazmín. Era un regalo de sus amigas, se había justificado cuando la pilló rociándose el cuello con un frasco de perfume. Ya sabía que por las noches a menudo se escapaba para quedar con un grupo de chicos que fumaban y pasaban el rato dándole pellizquitos en la cintura. Desde que cumplió los quince, era evidente que Amrit disfrutaba sintiéndose observada por los hombres y respirando el aire nocturno. Desde que Narain se convirtió en el centro de atención de la familia ella había bajado la guardia y se comportaba con menos discreción, pero aun así solo él parecía haberse dado cuenta.

La siguió hasta su habitación.

—Amrit, ya tienes edad suficiente para cuidar de ti misma, pero si necesitas algo mientras yo no esté...

—¿Qué harás? ¿Vendrás volando? —lo interrumpió desafiante. Se giró para mirarle a la cara, y el roce de sus talones contra el suelo sonó como un gemido, un curioso ruidito que le hizo reír.

—No —respondió Narain con firmeza; tenía muy claro el tipo de persona en que todos esperaban que se convirtiera durante su estancia en América. Irguió la espalda y miró por encima del hombro de su hermana—: Yo tengo que centrarme en mis estudios, y tú tienes que aprender a cuidarte sola.

Justo antes de dar media vuelta para marcharse estuvo a punto de decir algo para suavizar la dureza de sus palabras, pero en ese preciso instante se dio cuenta de que ella se estaba carcajeando. Los hombros le temblaban y se tapaba la boca con las manos para disimular.

* * *

Durante la estancia de Narain en América, Padre le escribía largas cartas que él iba dejando tiradas por el suelo de la habitación que ocupaba en la residencia de estudiantes. La esmerada caligrafía latina

de Padre delataba los esfuerzos de quien ha aprendido de adulto a redondear las oes y a marcar los bordes de las es. Mientras las leía, Narain pasaba la mano por encima de las palabras como si quisiera hallar en ellas el rastro del perdón. Sin embargo, la única intención de Padre era ponerle al día sobre los acontecimientos más recientes. Solo atisbaba un signo de cariño cuando se interesaba por sus pies: «Mantenlos calientes, o te pondrás malo». Y luego, invariablemente: «Hazlo bien, hijo».

Todas las cartas terminaban con esas tres palabras, y a medida que pasaba el tiempo crecía la irritación de Narain ante la convicción de su padre de que triunfar era sencillo. En Iowa nadie le hacía caso, igual que había ocurrido en Singapur durante toda su vida, debido a su complexión delicada y sus gestos afeminados. Aunque se había pasado los años de la escuela primaria repasando cada frase hecha, cada sinónimo y cada gerundio de la *Guía completa del inglés de la Reina*, el idioma que se hablaba en la universidad le parecía otro distinto. Su turbante y su barba llamaban la atención. Cuando era niño, en Singapur, solía quejarse de que la gente se le quedaba mirando y de que los chicos de clase le tomaban el pelo, pero Padre no toleraba los lloriqueos. «Eres sij y tienes que mostrárselo al mundo. Siéntete orgulloso». Y resultó que en América su orgullo no era recibido de manera muy distinta. Sus compañeros de universidad no lo invitaban a las fiestas ni lo incluían en sus grupos de estudio, carraspeaban y bajaban la voz cuando se cruzaban con él en el patio o en la biblioteca.

Un día Narain tuvo que ir a secretaría para confirmar un cambio de materias optativas. La empleada, una regordeta pelirroja, le preguntó su apellido.

—Sandhu —respondió distraídamente, mientras observaba a través de la ventana la niebla que se extendía entre las ramas peladas de los árboles.

La mujer parloteaba sobre el tiempo mientras abría el cajón de un gran archivador metálico:

—Empieza a hacer frío ahí fuera —comentó—. Es una lástima que este año nos hayamos quedado sin otoño. —Rebuscaba entre las carpetas cuando súbitamente la sonrisa desapareció de su rostro—. ¿Cuál dices que es tu apellido?

Narain se dio cuenta de su error y pidió disculpas.

—Es Singh —respondió, y comenzó a deletrear.

El gesto de la secretaria traducía su exasperación.

—No entiendo por qué siempre tiene que ser tan complicado con los estudiantes extranjeros —murmuró.

Instintivamente, Narain se embarcó en la misma explicación que había repetido tantas veces en Singapur.

—Se supone que todos los sijs tenemos el mismo apellido, porque todos somos iguales: Kaur para las mujeres y Singh para los hombres. Pero al ser tantos, puede resultar confuso, de modo que usamos un apellido específico de cada región del Punjab. Oficialmente, por tanto, mi apellido es Singh, pero en entornos no oficiales utilizo Sandhu.

Por lo general, este discurso era recibido con indiferencia; sus interlocutores más informados se limitaban a señalar que en Singapur había tan pocos sijs que no existía riesgo alguno de confusión. Narain consideró que, probablemente, la empleada de la secretaría recurriría al mismo argumento con respecto a Iowa, de modo que se disculpó de nuevo y se apresuró a marcharse, avergonzado como tantas otras veces.

Pronto, la hostilidad se hizo también patente en el clima; un otoño herrumbroso dio paso al invierno, que despojó el entorno de Narain de todo color. Temía salir al exterior. No encontraba los zapatos de suela gruesa que estaba convencido de haber metido en la maleta y, cuando la temperatura nocturna descendía, en lugar de los dedos de sus pies sentía pequeños bloques de hielo. Las clases de Ingeniería le resultaban difíciles; de pronto se perdía en medio de sus pensamientos y su imaginación lo trasladaba de vuelta a su casa. La maleta que Amrit le había preparado seguía cerrada bajo su cama. Intuía su contenido —lo había visto en el equipaje de otros estudiantes extranjeros—: suéteres finos que nada más ponérselos empezarían a deshacerse y deformarse; paquetes de cereales solubles Ovaltine, con aspecto y sabor arenosos; Jabón Dial y dentífrico Darkie; aceite de menta para combatir los dolores de cabeza provocados por las noches de estudio; una caja de hojas de té, de sabor demasiado amargo si no se mezclaban con leche condensada, y especias que probablemente no encontraría nunca en Iowa.

A su llegada, Narain se juró que no echaría mano de la maleta para combatir la nostalgia. De pequeño, su primo Karam se metía con él diciéndole que era un niño de mamá. Según Karam, Madre deseaba tanto tener una niña que, al nacer él, lo trató como si lo fuera. Cuando aún gateaba le dejó crecer el cabello y dedicaba un buen rato cada día a peinarlo, pasando los dedos entre los suaves rizos mientras le llamaba cosas como «cariñín». Narain sabía que eso era cierto. Había fotos de Karam y Gurdev haciendo muecas a la cámara, con el cabello perfectamente trenzado y recogido en moños sobre la cabeza, en las que él aparecía en cuclillas, a su lado, con su larga melena cayéndole sobre los hombros. Tenía un recuerdo borroso de la decepción de su madre cuando expresó su deseo de salir con sus hermanos a jugar al fútbol, y de cómo se había sentido tan aliviado como ella cuando tuvo que regresar muy poco después, con sendas heridas en las rodillas, irrefutable constatación de su incapacidad para los deportes.

En sus memorias de infancia sus padres siempre aparecían juntos, él pegado a ella, siguiéndola de cerca como el humo que sale de una espiral antimosquitos. Padre, malhumorado e impaciente, cargaba cada silencio que se hacía entre los dos con duras críticas. Si ella expresaba el deseo de un cambio de vida, él se enfadaba: «Acepta tu nuevo país», solía decir molesto. Años después de su llegada a Singapur, Padre aún le recordaba que al principio él mismo había sido un completo ignorante. «Nada de inglés, nada de experiencia, nada de dinero. Nada. Y de la nada saqué algo. Si quieres seguir quejándote, puedes irte. Desaparece». Era una forma de hablar; nadie esperaba que eso llegara a ocurrir, pero una mañana, cuando Narain tenía seis años, descubrió que Madre no estaba y que tenía una nueva hermanita, Amrit.

El invierno no se acababa nunca, y todos los días tenían el mismo color arcilloso. Narain dejó de mirar al otro lado de la ventana, donde las ramas de los árboles, retorcidas como garras, se afanaban en arañar al viento. Cada vez le resultaba más difícil levantarse de la cama para asistir a las clases de la mañana. Seguían llegando cartas de casa, que leía con la misma indiferencia con que se escucha una música cualquiera procedente de otra habitación. No obstante, cada vez que Padre le hablaba de política, algo se removía en su interior.

Padre se mostraba entusiasmado con los últimos acontecimientos y citaba las palabras del primer ministro: leyes más estrictas, grandes proyectos inmobiliarios y la construcción de más escuelas en el país. «La independencia de Malasia al principio nos hizo llorar, pero es algo bueno —escribía en aquellas cartas—. Espero que tú también tengas fe en nuestro país, porque va a ser importante para el mundo».

De haber estado en casa, Narain nunca le habría llevado la contraria a su padre, que leía los periódicos de la primera a la última página cada tarde, deteniéndose solo para consultar alguna palabra en el *Diccionario Oxford de Inglés*, ese que, fuera de las horas de la comida, ocupaba un lugar destacado sobre la mesa del comedor. Ahora Narain sí se atrevía a disentir. Dudaba de la inminencia de ese progreso que, tal vez, ni siquiera llegara a hacerse realidad. Había comprobado que, en comparación con la mayoría de los países, Singapur no era más que una pequeña mota en el mapa de su compañero de habitación que colgaba de la pared. Su creencia de que el lugar del que procedía no era merecedor de tanta melancolía lo ayudó a aliviar la nostalgia. Se recordó a sí mismo todas aquellas cosas que no echaba de menos: el calor pegajoso, la peste a pescado podrido que se extendía por los callejones más allá de las puertas de la Base Naval o las miradas y los murmullos de la comunidad punyabí.

Con la intención de preparar una de sus respuestas a Padre, Narain se dedicó a reflexionar sobre los motivos de cualquier escéptico para argumentar que Singapur no conseguiría sostenerse por sí solo: carencia de recursos naturales, paro desbocado, falta de viviendas, de terreno, de infraestructuras... En una de sus primeras incursiones reales en la vida académica desde su llegada a la universidad, buscó en la biblioteca documentos y libros, y reunió una serie de citas de expertos cuyas opiniones no eran las que aparecían en el *The Straits Times*. «No lo conseguiremos», llegó a escribir, en un intento de autoconvencerse de que su futuro sería más satisfactorio en el anodino Medio Oeste americano. Decidió no enviar la carta enseguida: la guardó en su cuarto y la releía de vez en cuando, sintiéndose orgulloso de su firmeza.

Un día, mientras abría el buzón del correo, un grupo de estudiantes de su fraternidad entraron en tromba por el pasillo. Con su

impulso empujaron a Narain, que salió despedido contra la pared. Por el suelo quedaron diseminados folletos de pizzas a domicilio y anuncios de tarjetas de crédito. Se apartó con delicadeza, evitando pisarlos, y en ese momento se dio cuenta de que bajo el pie izquierdo había quedado una carta de su padre. La recogió, cerró los ojos y se la llevó a los labios. Mientras susurraba una disculpa, oyó unas risas que le hicieron abrir los ojos de golpe. «¿Echas de menos a tu mami?», gritó uno de aquellos jóvenes. Los otros se rieron. Narain se quedó mirándolos sin reaccionar, tan avergonzado que no pudo siquiera mover los labios.

En ese preciso momento decidió que a partir de entonces dejaría de preocuparse tanto por dónde ponía los pies. Durante las semanas siguientes prestó más atención a su modo de caminar y menos al lugar en que pisaba. Corrigió su postura para parecer más alto y corpulento, y con los días fue constatando sus progresos al observar su sombra cada mañana gris de aquel mes de noviembre. El escaso dinero que le enviaban desde casa para gastos lo invirtió en vestuario: botas de invierno y gruesos suéteres con cuello en forma de pico. Empezó a trabajar en la biblioteca del campus y ahorró para reemplazar sus gafas, demasiado gruesas, por lentillas. Hizo prácticas de dicción, leyendo pasajes de sus libros de texto ante el espejo, para conseguir un tono de voz más profundo. Durante las clases, se dedicaba a llenar de garabatos sus cuadernos, y ya no se molestaba en concluir las tareas que mandaban los profesores. Miraba con desdén a los otros estudiantes extranjeros por su simplicidad y despreciaba sus esfuerzos. Se empeñó en ser todo lo contrario: un tipo sin interés alguno por los estudios, ingenioso y seguro de sí mismo.

Este proceso de transformación requería plantearse qué hacer con el pelo. En Singapur, cuando se cruzaba con otro sij con turbante, Narain insinuaba el habitual saludo con la cabeza. Su padre les había enseñado a él y a sus hermanos que debían hacer el gesto por solidaridad con sus correligionarios. A pesar de las bromas que sobre él hacían los niños chinos y malayos, Narain nunca se permitió pensar siquiera en la posibilidad de cortarse el pelo. Pero ahora el turbante le parecía excesivamente voluminoso e incómodo, con él llamaba demasiado la atención.

En primer lugar se centró en su rostro. El vello había tardado en aparecerle en las mejillas y la barbilla. De hecho, era tal el retraso que, cuando tenía quince años, Padre le había acusado de estarse afeitando a escondidas. Narain tuvo que convencerle de que no era cierto; sencillamente, la barba tardaba más en salirle que a otros chicos, explicación que Padre aceptó finalmente. Si durante aquellos días Narain se había sentido avergonzado, ahora percibía las ventajas de ser prácticamente lampiño. Sintió menos remordimientos al pasarse la cuchilla por las mejillas, incluso cuando se cortó. Pero a pesar de todo, pensar en la tarea que tenía por delante hizo que se le disparara el pulso.

Narain fue soltando la tela de su turbante y se quitó las horquillas y las gomas que sostenían aquel gran nudo de pelo. Por su espalda se derramó la melena ondulada, perfumada con la suave fragancia floral del aceite Johnson's para niños que usaba para suavizarla tras el lavado. Pensó en su casa de Singapur, un modesto bungalow como tantos otros que habían servido de vivienda a los agentes de la Policía británica. En su imaginación, se extendía hasta adquirir las proporciones de una enorme mansión antigua con pasillos con suelo de madera y dependencias ocultas ideadas para esconder secretos. Cerró los ojos y fue avanzando por cada rincón. Quizá, si era lo suficientemente cuidadoso, conseguiría ocultar a su padre que se había cortado el pelo cuando regresara en verano.

Mientras buscaba unas tijeras, su entusiasmo iba menguando. El peso de su cabello, la rutina diaria de engrasarlo, peinarlo, trenzarlo y recogerlo... Todo demasiado familiar como para eliminarlo de golpe. Era necesario hacer cambios, pero un corte de pelo resultaría excesivamente drástico, así que decidió conservarlo y cambiar el turbante por una gorra de béisbol bajo la cual quedaba enrollada su trenza, como un milpiés en posición de ataque.

En la primera fiesta a la que fue, le decepcionó observar que nadie notaba la diferencia. Esperaba que sus compañeros de clase se hubieran acercado con sonrisas de felicitación, que lo hubieran mirado con nuevos ojos. Pero decidió que, en realidad, en eso consistía encajar, en pasar desapercibido, de modo que se abrió paso entre la multitud sin más. La música reverberaba en el interior de aquella vivienda de ladrillo de tres plantas donde se celebraba la fiesta.

Los estudiantes se apoyaban con dejadez en las paredes, asintiendo, compartiendo secretos. Las chicas, vestidas con faldas ajustadas, se contoneaban y giraban en torno a jóvenes que no conocían. Él les sonreía y ellas le devolvían el gesto, bailando como en un trance de despreocupación, invitándolo a ingresar en su mundo.

Una rubia maquillada con sombra de ojos de un tono verde intenso le permitió meter las manos bajo su falda y luego se lo llevó escaleras arriba, hasta una habitación vacía. Narain se detuvo en la puerta y de pronto experimentó una intensa y vertiginosa desazón. En ese momento se sintió seguro de su identidad, pero no logró ahuyentar completamente sus recuerdos del Ejército y de todo aquello que deseaba reparar. Rememoró por un instante el gesto hosco de los oficiales mientras informaban a Padre de que su hijo tendría que someterse a un examen psiquiátrico. Para entonces, la chica se estaba quitando la ropa a toda prisa, Narain se quedó mirándola y esperó a que el ritmo machacón de la música que resonaba a lo lejos se llevara los ecos del pasado. «Gestión de la conducta. Relevado de cargos que impliquen el manejo de información sensible».

«Esto es América». Aquella frase tan práctica con la que se topó esa noche contribuyó a borrar sus pecados durante los siguientes meses. Empezó a fumar, pero eso era América; no estudiaba, pero eso era América; no respondía a las cartas de Padre *porque* eso era América. Experimentaba aquellos recelos —también los que vendrían después— como si fueran descargas eléctricas.

Las fiestas se sucedían y aquella chica, Jenny, estudiante de Filosofía en Fairfield, se convirtió en la primera novia de Narain. Era miope, pero odiaba llevar gafas. Sus padres se habían divorciado y se habían vuelto a casar cinco años más tarde. Jenny estaba metida en todos los grupos de disidentes del campus; según le confesó, pasaba más tiempo en las reuniones con los activistas que en clase. Su piel era tan pálida que a veces, a la luz tenue de aquellos días invernales, adquiriría una tonalidad azulada.

A Jenny no le avergonzó reconocer que no sabía ni siquiera dónde estaba Singapur.

—Cuéntame más —le dijo una noche, mientras paseaban frente a una zona de bares. De repente, se apoyó contra la pared de ladrillo

de un callejón estrecho y lo atrajo hacia ella, presionando sus muslos contra los de Narain—. ¿Cómo es Sing-a-pur?

Arrastró las sílabas, haciendo que el nombre de la ciudad sonara como un término científico. Le plantó un sonoro beso en el cuello. El olor de su piel era una combinación acre de cigarrillos y cerveza.

—Te lo enseñaré —respondió Narain, y tomándola de la mano, se la llevó a su residencia.

Sacó del estante su libro de fotografías. La primera página contenía imágenes de *kampongs*, míseros poblados flanqueados por troncos de cocoteros y arbustos de ramas retorcidas. Unos niños con piernas tan delgadas como pajitas miraban a la cámara con gesto solemne. Había una furgoneta aparcada en una esquina, y el conductor, junto a ella, bebía zumo de una bolsa de plástico transparente. Unas cuantas mujeres agachadas entre la hierba sonreían mientras remojaban la colada en sus barreños, al lado de una fuente. De pronto Narain sintió pánico. Era imposible que algo de aquel mundo pudiera resultarle familiar a Jenny. Pasó enseguida la página y se detuvo en un modesto paisaje urbano.

—Este es el aspecto que tiene de noche. ¿Has visto cómo se iluminan los edificios? —dijo, recorriendo con el dedo el perfil de las construcciones y del río que discurría tranquilo a sus pies. La ciudad tenía encanto en las horas nocturnas. A oscuras no se veían las botellas rotas ni las bolsas de plástico que solían flotar en el río. Al contrario, las luces se reflejaban en la superficie del agua.

—Es un poco como Chicago —comentó Jenny.

—Sí —admitió Narain, aunque habría deseado tener el aplomo necesario para negarlo. Singapur no se parecía en nada a Chicago. El aire era húmedo todo el año y los grillos inundaban los polvorientos *kampongs* de una melodía triste cada vez que la lluvia destrozaba sus escondrijos. Había gente que dormía sobre finos colchones en el piso de arriba de sus tiendas, impregnándose del olor de las conservas y las hierbas que vendían. Su lugar preferido para comer no era un restaurante ni un *diner*, sino un puesto callejero cuya oferta, escrita a mano en un cartel, se limitaba a un único plato. La fachada del cine de su barrio evidenciaba la vejez del local, con sus manchurroneos de hollín y de polvo, pero a nadie le importaba, siempre que el vendedor de chucherías estuviera por allí con sus

cucuruchos de nueces garrapiñadas. Jenny se acercó más aún para hojear el libro, y las imágenes de Singapur volvieron a Narain: la maraña de cables telefónicos, las viviendas con tejados de hojalata, los vendedores ambulantes empujando vetustos carritos, las varillas de incienso brillando en la noche como estrellas, hombres pisando descalzos sobre las brasas para demostrar su fe ante las multitudes que los jaleaban frente a un templo hindú...

Jenny sonrió y señaló una fotografía con mucho grano.

—Aquí está —concluyó—. Así es como me lo imaginaba.

La imagen, en blanco y negro, mostraba a un indio al que se le marcaban todos los huesos, cubierto apenas por un trapo de tela a cuadros que le rodeaba la cintura, de pie junto a un inestable *rickshaw* y haciendo gestos a la cámara, con la boca bien abierta, como si lo hubieran sorprendido mientras hablaba. Tras él se veía la oscura entrada a unos almacenes y grandes sacos de arroz, semillas y frutos secos apilados. Jenny ladeó la cabeza y lo miró con dulzura, y Narain entendió lo que necesitaban el uno del otro. Un día ella se acordaría de su novio extranjero, y él de la americana con la que salió en la universidad. Ambos conservarían aquella relación como el recuerdo de las personas que una vez se atrevieron a ser.

—Cuéntame más de tu tierra. Cuéntamelo todo —pidió Jenny, tendiéndose sobre la cama. Intentaba mostrarse *sexy*, pero lo cierto es que no terminaba de lograrlo; lentamente, con la yema de los dedos recorría su vientre trazando círculos.

Aquella noche, Narain le enseñó a Jenny la ubicación de Singapur en el mapa. Le habló del día en que las familias, reunidas frente al televisor, escucharon el anuncio de que Malasia pretendía la separación de Singapur. Se le saltaron las lágrimas cuando describió el miedo que sintieron al ver llorar al líder de la comunidad en la pantalla. Le habló de las revueltas étnicas y de la calma tensa que se instaló en la isla después de que se impusiera el toque de queda para evitar los enfrentamientos callejeros entre chinos y malayos. Jenny respondió con una mezcla de solidaridad y reconocimiento, y lo animó a continuar. Entonces, sin darle mayor importancia, Narain mencionó el Ejército.

—Espera... Vuelve a empezar. ¿Has estado en el Ejército? —Por su rostro era evidente que se sentía traicionada—. Eso nunca me lo has contado.

—No, no..., quiero decir... Sí, estuve en el Ejército, pero allí es muy diferente. Es el servicio militar. Es obligatorio —se apresuró a aclarar—. Formé parte del primer reemplazo del país.

—Yo estoy en contra del Ejército —replicó Jenny.

—Lo sé —respondió él.

Una vez, Jenny había interrumpido uno de sus largos relatos sobre Singapur —algo nada habitual— precisamente para criticar el alistamiento obligatorio y la guerra de Vietnam, donde un amigo suyo del instituto había resultado malherido hasta el punto de que no podría volver a caminar. «Lo que están obligando a hacer a nuestros chicos en ese sitio está jodidamente mal, es evidente —había dicho, golpeándose la cabeza con una mano—. ¿Cómo es que la gente no lo ve? ¡No sabes cuánto me costó conseguir veinte firmas para mi petición el otro día! Nadie se da cuenta de que el Gobierno no es más que una horda de cabrones mentirosos». Lo decía con una convicción arrolladora. Desde luego, en Singapur la gente no se pronunciaba tan a la ligera sobre temas tan delicados.

En otra ocasión, Narain le enseñó a Jenny fotografías de su familia. Ella señaló lo mucho que se parecía el primo Karam a Padre y lo atractivo que era. Narain se rio.

—A Gurdev no le gustaría oír eso.

Jenny asintió comprensiva y apoyó suavemente los dedos en la imagen del hermano de Narain, como si deseara consolarlo. Una barriga incipiente le abultaba la camisa y, pese a estar ya cerca de los treinta, mostraba las mejillas rechonchas de un niño.

—Debes de tener mucha relación con Karam —observó Jenny—. Sale en todas las fotografías.

—Tiene mucha relación con toda la familia —le explicó él, midiendo las palabras—. Sus padres murieron durante el viaje a Singapur. Hubo un problema en el barco y volcó, pero a Karam pudieron salvarlo. Lo crío una tía lejana en Singapur, una prima de su padre. Ella y su marido no tenían hijos y decidieron adoptarlo, pero no creo que tuvieran mucha idea de cómo educar a un niño. Lo trataban como a un invitado. Empezó a venir a nuestra casa todos los días. Mi padre y él crearon un vínculo especial. Para cuando cumplió diez u once años, prácticamente ya vivía con nosotros.

Jenny echó una mirada triste a la imagen de Karam.

—Entonces es como si tuvieras dos hermanos.

—No del todo. Yo diría que es como si tuviera dos padres —matizó Narain. Probablemente Jenny pensaría que esa apreciación se refería únicamente al aspecto físico de su primo.

Jenny hizo una alusión a lo guapa que era la madre de Narain, con ese cutis pálido, la nariz puntiaguda y unos labios minúsculos que, al fruncirse, la rejuvenecían más aún, y eso que en la fotografía que contemplaban, en la que aparecía sosteniendo sobre el regazo a Gurdev de bebé, solo tenía dieciséis años.

—Apuesto a que todavía conserva el mismo aspecto —aventuró ella.

Narain no respondió, pero señaló que las hijas suelen parecerse a sus madres, y le mostró a Amrit. Jenny sonrió.

—Seguro que ya tiene un montón de chicos detrás de ella.

—Es demasiado joven —replicó Narain.

—¿Qué? ¿Con quince años? Yo a esa edad ya salía con chicos —dijo Jenny encogiéndose de hombros.

Los días siguientes Narain no pudo dejar de pensar en su hermana: Amrit pasando a toda prisa por delante de su habitación; Amrit tumbada en las butacas de ratán... Aunque jamás se atrevería a expresarlo con palabras, él siempre había buscado la aprobación de su hermana más que la de cualquier otra persona. Para la edad que tenía, la agudeza de Amrit a la hora de analizar las relaciones personales era sorprendente. Se preguntaba qué opinaría su hermana si conociera su deseo de llevar a casa a aquella chica de tez pálida que abría de modo tan peculiar las vocales al hablar. ¿Le gustaría la idea a Amrit? ¿Se sentiría decepcionada? ¿Le aclararía que lo que sentía por ella en realidad no era amor? Él no podía interpretarlo de otro modo: sin proponérselo, Jenny le estaba ayudando a parecerse más a los otros hombres, y la quería por eso. Su amor por ella era tan fuerte que le permitía superar esos impulsos que en el pasado le habían causado problemas en el Ejército. Sin embargo, cada vez que se planteaba preguntarle a Amrit por el amor, se la imaginaba conduciéndolo por un pasaje oculto de la casa y burlándose de él por no saber de su existencia.

* * *

La mañana en que llamó Padre, Narain aún estaba medio dormido. Jenny tenía el brazo apoyado sobre su pecho y se movió levemente cuando él se estiró para coger el teléfono.

—¿Diga? —pronunció casi en un susurro.

—¿Narain? Por favor, habla más alto.

La voz le sobresaltó. Se incorporó de golpe e instintivamente tapó con las sábanas el hombro desnudo de Jenny, como si Padre pudiera verlos.

—*Sat sri akal*, Padre —dijo.

—*Sat sri akal*. ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—Te he dicho que hables más alto.

—Estoy bien —repitió Narain, elevando el tono. Jenny rodó perezosamente hacia su lado.

—¿Has leído mi carta?

—Aún no la he recibido —mintió Narain, echando un vistazo a los sobres que había desperdigados sobre la cómoda.

—Bueno, ¿ahora qué estás haciendo?

—Nada... Quiero decir que me acabo de despertar.

Jenny soltó un suave gemido y, tras parpadear un instante, abrió los ojos y preguntó:

—¿Quién es?

Él se apartó, inclinándose hacia el lado contrario.

—Narain, quiero ver copias de tus notas. No tienes ni idea de lo que me está costando tu educación.

—Las notas aún no han salido —respondió Narain, intentando controlar el pánico—. Te las enviaré en cuanto las pongan.

—Sí, por favor, hazlo —dijo Padre—. Otra cosa: ¿cuándo son las vacaciones de verano? Tienes que volver a Singapur.

Narain miró a Jenny.

—No estoy seguro, padre. Quizá tenga cosas que hacer aquí. Clases de verano.

—No, tienes que volver.

—Pero te ahorrarás mucho dinero si me quedo. Creo que podría conseguir un trabajo para las vacaciones.

—Te pago la matrícula y los viajes. Ese era el acuerdo para que pudieras volver a casa cada año y ver a la familia. Por favor, no me

discutas —se reafirmó Padre, con tono severo—. Tu hermana te necesita.

Se produjo un breve silencio. Narain sintió deseos de extender el momento y permanecer a la escucha para analizar el sonido de fondo, pero se reprimió. Una vez, mientras mantenía con su padre una conversación telefónica interrumpida por constantes problemas de conexión, había confundido la carga estática con los ruidos habituales de Singapur: el runrún del tráfico del mediodía, los gorriones saludándole con sus gorjeos, el aceite crepitando en el wok de un vendedor ambulante.

Padre insistió en que leyera su carta y, tras una seca despedida, colgó. Narain se dirigió a la cómoda. Había cuatro sobres. Escogió el que tenía el sello más reciente y lo abrió. Tras las formalidades de rigor, las cartas de su padre siempre contenían un párrafo con las últimas noticias sobre el país, al que seguían invariablemente una serie de consejos. Pero esta era diferente: abordaba un tema que Narain no se sentía capacitado para gestionar a tanta distancia.

Tengo que ponerte al día sobre Amrit. Está fuera de control. La he pillado dos veces charlando con chicos cerca de las tiendas. Se pone un pintalabios muy rojo y ya no estudia. Un día noté que la ropa le olía a tabaco, pero cuando le pregunté al respecto me dijo que había almorzado en un bar donde la gente fumaba. Tú deberías saber qué hacer con esta situación: necesita disciplina. Debes volver en cuanto acabes el trimestre para controlar a tu hermana. Recuerda: es un año importante. Se acercan sus exámenes, y debe sacar buenas notas, igual que tú.

Narain leyó la carta de nuevo mientras deambulaba por la habitación llena de trastos. Miró a Jenny y de pronto le resultó más fácil quitar importancia a las palabras de Padre. ¿Era ese el problema? ¿Era ese el motivo por el que tenía que volver a casa? ¿Solo porque su hermana estaba *saliendo con chicos*? Mentalmente redactó una respuesta en la que consignaba una por una todas las cosas que, de haber tenido valor suficiente, le habría dicho. Padre estaba exagerando. Padre se estaba distraendo de asuntos más importantes con esas quejas triviales. Sin embargo, nunca llegó a escribir esa carta.

En lugar de eso, redactó otra en la que le expresaba sus dudas sobre los verdaderos progresos de Singapur, y se la envió esa misma tarde. Eludió cualquier mención a Amrit.

Al día siguiente, Narain fue a la biblioteca y solicitó que le asignaran nuevos turnos de trabajo durante las vacaciones. Empezó a buscar anuncios de pisos de alquiler en los periódicos. Jenny pensaba aceptar un empleo de camarera para todo el verano y él quería quedarse con ella. Era consciente de que deseaba pasar todo el tiempo posible en su compañía. Cuando estaban juntos, siempre la tocaba —le acariciaba el cabello o le cogía la mano y la acompañaba a sus clases—, y le resultaba imposible concentrarse en su trabajo si ella no estaba presente. A veces tenía la sensación de que la necesitaba cerca para que esas dudas que súbitamente, sin previo aviso, lo asaltaban en sus momentos de soledad se disiparan.

Pasaron unas cuantas semanas antes de que otra carta de Padre recordara a Narain la promesa de enviarle las notas en cuanto salieran. Para su sorpresa, no hacía mención a su última respuesta.

A partir de un momento, Narain se acostumbró a fingir que no llegaban más cartas de casa; cada vez que recibía alguna se limitaba a meter el sobre, sin abrir, entre un montón de libros de ingeniería. Decidió que no informaría a la familia de sus planes de permanecer en Iowa durante el verano hasta dos semanas antes de la fecha prevista para su regreso. Sería demasiado tarde para que Padre intentara convencerlo, y para entonces quizá se habría dado cuenta de que Amrit no era responsabilidad exclusiva de Narain. Se lo tomó como un ejercicio práctico: si conseguía desobedecer a Padre en cuestiones menores, quizá un día sería capaz de reunir el valor para mostrar un desacuerdo frontal con respecto a otro tipo de decisiones vitales.

El tiempo mejoró y por fin se asentó la primavera. Los árboles comenzaron a mostrar sus primeros brotes, y enseguida las flores tapizaron de colores el campus universitario. Cada vez se veía más gente paseando, en bicicleta o sentada en mantas que se extendían sobre el césped. Un día Jenny preparó un pícnic. Tendidos boca abajo sobre la hierba, hacían planes para asistir a una protesta contra la guerra para la que Jenny había estado repartiendo folletos. El sol brillaba con fuerza y una suave brisa agitaba el cabello de Jenny, llevando hacia su boca algunos mechones. Narain los apartaba una y otra vez.

—No me estás escuchando —se quejó ella, después de que él intentara besarla en mitad de una frase.

—Hace un tiempo precioso —apuntó Narain.

—Tenemos que ir. Ya no hay suficiente gente dispuesta a luchar por la verdad. Es importante que mostremos nuestro apoyo.

—Por supuesto —coincidió él. La tarde quedaba demasiado lejos como para pensar siquiera en eso. Nunca, desde su llegada a Iowa, había estado tan a gusto como en ese momento. Se lo dijo a Jenny, pero ella interpretó que seguía hablando del tiempo.

—En California siempre es así —le explicó—. Constantemente. Un año fui por Navidad, cuando mi padre vivía con esa mujer de San Diego. El tiempo era espléndido.

—Vayamos a vivir allí —bromeó Narain, y se rio, sorprendido, cuando vio que ella respondía con entusiasmo. De pronto una lluvia de besos cayó sobre sus mejillas y su cuello.

Ella le preguntó si le gustaría hacer un viaje por carretera a Los Ángeles a finales de verano.

—Ahorraremos e iremos a ver dónde viven las estrellas de cine —chilló emocionada al tiempo que empezaba a repasar los nombres de los famosos con los que iban a encontrarse—. ¿De acuerdo?

Narain cerró los ojos un momento.

—Claro que sí —respondió. Cuanto más lejos de casa estaba, más cosas parecían posibles.

* * *

Dos días después, Amrit se fue de casa en plena noche y no regresó. Narain fue el último en enterarse porque se había vuelto muy difícil contactar con él. Su padre tuvo que llamar al decano, que envió al director de la residencia a comunicarle la noticia en persona.

—Ven a casa enseguida —dijo Padre, muy serio, cuando Narain le devolvió la llamada. El corazón le latía con fuerza. No podía negarse. Tenía demasiadas preguntas. ¿Dónde estaría Amrit? ¿Se encontraría bien? ¿Qué se suponía que debía hacer él?

Comenzó a recoger la habitación para preparar la vuelta. Sacó la maleta de Amrit, aún sin abrir, de debajo de la cama. Venían a su mente imágenes de su hermana, su cadáver mutilado abandonado en

algún rincón, y no conseguía concentrarse. Con manos temblorosas la abrió. Contenía un montón de cosas de las que podría deshacerse para hacer hueco a lo que había comprado en Estados Unidos: vasos de chupito, fotografías, revistas prohibidas en Singapur, una radio con reloj.

Las lágrimas inundaron sus ojos mientras vaciaba la maleta. No contaba con que los olores de casa se hubieran conservado tan nítidos en su interior. El sándalo y el cardamomo flotaban en el aire, tiñendo todo de un naranja intenso.

Narain descubrió los zapatos de suela gruesa. Amrit se había ocupado de empaquetar las últimas cosas. Probablemente para gastarle una broma, había sacado el calzado de la otra maleta para meterlo en esta. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y ocultó la cabeza entre las manos. Desde el pasillo, otros estudiantes lo vieron y se acercaron a preguntarle si necesitaba algo. Su llanto se volvió aún más intenso cuando, al levantar los zapatos, comprobó que debajo había un diccionario, un libro sagrado y una novela popular.